



Discurso del Sr. Campi3n

pronunciado en los Juegos florales de Ir3n

EXCMO. SR.; SRAS.; SRES.:

Entiendo yo que la solemnidad que ahora estamos celebrando, posee significaci3n m3s honda 3 importancia m3s alta que la de un concurso meramente literario. Aqu3 no venimos 3 luchar por la cultura; aqu3 venimos 3 luchar por la vida. La emulaci3n que, con premios y lauros, se desea encender entre los escritores del pueblo euskaldun, no tira, en primer t3rmino, 3 enriquecer las p3ginas de futuras Antolog3as, aunque tambi3n interesa descubrir y recompensar el m3rito. Lo que principalmente buscan los iniciadores y protectores de 3stos cert3menes, es dar p3blico testimonio de que el pa3s posee una lengua propia, para la que el patriotismo exige el amor y el respeto que le niegan los hijos esp3reos del solar bascongado. De esta suerte el idioma nativo resuena en lugares donde, ordinariamente, est3 proscrito y el por-diosero, apenas tolerado, sube 3 rey leg3timo que recibe homenaje y pleites3a.

Esa trascendencia del cert3men establecido por el Consistorio de

Juegos Florales de San Sebastián, perfectísimamente se hermana con el carácter de las Fiestas Euskaras que la ilustre Diputación de Guipúzkoa patrocina, así como el certamen. Pues á estas fiestas, de todas las de su género las distingue un noble recuerdo que, á manera de alma, las vivifica: el recuerdo del régimen foral, inicualemente extirpado de la realidad, pero no de nuestros corazones. Y cuando la Diputación en el programa de sus fiestas estampa la frase «según la usanza foral», no se propone representar *simulacros* arqueológicos para entretenimiento de muchedumbres noveleras, sino decirle al pueblo basko, con toda la solemnidad de Carlos I de Inglaterra ante el hacha del verdugo: «¡acuérdate!»

¿No os parece, señores, que yo emitiría una nota disonante si en medio de estas graves preocupaciones, encaminadas todas á procurar el bien común, disertara académicamente sobre tal ó cual género literario, sobre la importancia de éste ó el otro poeta, ó acerca de los rumbos que sigue ó debiera emprender la literatura baskongada? No es que yo menosprecie semejantes asuntos; antes bien, á mí, personalmente, se me antojan interesantísimos. No en vano, con mejor ó peor fortuna, me dedico, también, á las letras. Pero desde el momento en que estoy persuadido á que en estas fiestas, todo, directa ó indirectamente, procura la conservación de la personalidad euskara y la integración de sus elementos sustanciales, vengo obligado á aportar mi piedrecita á la erección de la muralla defensiva.

Ah! si esa muralla se hubiera de levantar contra enemigos exteriores, cuán fácil de construir sería! Cuán grata la labor, enlazadas las manos en los momentos de cansancio para reanimar la fuerza nerviosa desfallecida en el sentimiento de la fraternidad euskara! ¡Cuán acordes resonarían esos cánticos montañeses, expresivos de júbilo viril, con sus melancolías de niebla y sus profundidades de mar! Pero el enemigo que nos aniquila; el enemigo que ha de borrar hasta el nombre de Euskaldunas: el desalmado aventador de nuestras tradiciones, el sacrilego violador de los sepulcros pátrios, es enemigo doméstico. Vive entre nosotros, se llama como nosotros, pertenece á nuestra gente y familia. Parece como que la tierra, harta de beber sangre de oñacinos y gamboinos, de *beaumonteses* y *agramonteses*, de liberales y carlistas, hervorea, se arremolina y forma el cuerpo de un mónstruo, nuevo. Ya Caín no mata á su hermano; ese es poco. Ahora Caín asesina a su madre.

Pocos pueblos conozco yo que igualen al pueblo euskaldun en el

número de calificados motivos para, sin pueril jactancia, mostrarse orgulloso de sí mismo. Es un hecho que cuantos hombres de valer le han estudiado, ora mirasen á su historia, ora á su organización foral, ora á sus costumbres públicas y privadas, ora al tipo físico de raza, le alabaron sin reservas. Estos testimonios constituyen un espléndido *Libro de oro*, absolutamente irrecusable. Ojead sus páginas y encontraréis las firmas de políticos, de jurisconsultos, de historiadores, de sociólogos, de publicistas, de poetas, de viajeros insígenes y de universal nombradía, á quienes ni ciega el amor patrio, porque eran extranjeros, ni alucina, tampoco, la comunión de ideas políticas y religiosas, puesto que unos son católicos, protestantes y libre-pensadores otras; y si éstos dan lustre á los partidos tradicionalistas y conservadores, fueron ornamento aquellos de los más radicales y revolucionarios. Maravilloso fenómeno!, hombres que sobre todas las cosas discrepaban, coincidieron, no obstante, en celebrar al pueblo basco!

Contra esta unánime y prestigiosa alabanza, empero, se alzó una protesta. De quién? Grima da decirlo. De los bascongados. Porque protesta es el afán inextinguible de novedades que, á modo de aura epiléptica, agita al país; ese afán de exotismo que le induce á modelarse sobre tipos sociales inferiores y á recorrer las fases de una verdadera evolución regresiva; protesta el desdén á la modestia de las antiguas costumbres; la grosería de maneras y expresiones; la indecorosidad de los modernos bailes populares; la difusión de ideas opuestas á la constitución cristiana de la patria; el industrialismo que saca del caserío al labrador para sumirlo en el taller, degenerando á la democracia rural en demagogía urbana; la indiferencia por la restauración foral, tan odiosa de suyo, que cuantos son reos de ella, procuran encubrir el rostro de renegados con la careta de amor á los fueros; protesta, por último, el olvido, el abandono del baskuenze, apostasía inexplicable de la cualidad de euskaldun.

I

No es ocasión de repetir lo que acerca de la importancia nacional del idioma expuse en libros y discursos. Para justificar ante vosotros, excusando otras pruebas, la constante ecuación que entre patria euskara y lengua euskara han de mantener mis palabras, baste observar que el Pueblo Basko no tomó nombre del territorio ni de los rasgos físicos

ó morales, sino del idioma. El habla es epónima del grupo étnico. Así es que si denominó *Euskaldun*, es decir, *Euskara-dun* al que posee el baskuenze, la conciencia colectiva de dicho pueblo estimó que con el lenguaje á una se evaporaba el baskonismo, ó sea, la nota distintiva y característica de la raza. Juicio digno de un gran psicólogo y de un gran político. La gravedad de la crisis actual estriba en que la dejación del baskuenze va pasando de la categoría de hecho inconsciente, involuntario, á hecho voluntario, consciente, perpetrado con deliberación que busca la ignominia del aplauso. En esta materia, como en otras muchas, se ha perdido el sentido de lo justo y de lo injusto. Se obra el mal y se afirma que es el bien.

Citaré tres casos típicos y por fortuna excepcionales, de repudio deliberado del baskuenze acaecidos en Nabarra, Bizkaya y Gipuzkoa. El caso nabarro es como sigue: Una señora, cuyo nombre deploro no recordar en este momento, instituyó una fundación de escuelas en Ituren, señalando capital, relativamente cuantioso, para la construcción del edificio y sueldo de los maestros. Esa señora, al revés de lo que acontece á los bienhechores que rinden parias á la *superstición escolar* de que pienso hablar luego, se acordó de que era baskongada y previno que en el nombramiento de maestro y maestra, cuyo encargo confería al Municipio de Pamplona, se otorgase la preferencia á los solicitantes que poseyesen el baskuenze. Andando el tiempo vacó la plaza de maestro y el Ayuntamiento de la capital cubrió la vacante con persona que ni sabía baskuenze ni siquiera era nabarra, no obstante que entre los pretendientes había profesores revestidos de ambos títulos. Un querido amigo mío, el Sr. Aranzadi, protestó en los periódicos contra aquel delito de lesa-patria, y yo, á la sazón enfermo, envié desde la cama cuatro líneas adhiriéndome á la protesta. Sabéis, señores, lo que sucedió entonces? Que desde Ituren remitieron á la prensa una contra-protesta aplaudiendo el nombramiento, cebándole para que produjese todo el estrago posible. «Este Ayuntamiento—decía el papel—Junta local y Padres de familia han recomendado siempre á los maestros que no permitan nunca que sus discípulos hablen el vascuence dentro ni fuera de la escuela, pues desengañados estamos que lo que necesitan los jóvenes es saber castellano, idioma universal de España y América, que es donde los hijos de este pueblo han de desenvolverse en el estudio de sus carreras y profesiones». Así, como lo oís, brutalmente, sin velo ni rebozo; el utilitarismo más pedestre y

grosero; utilitarismo de aldeanos codiciosos. Los hijos de Ituren son declarados género de exportación ultramarina, á quienes se ha de poner en condiciones aceptables para el mercado. Figuraos, señores, cual habrá sido, con tamaños estímulos, la labor de ese maestro que dejaba las parameras de Castilla por cosechar las *brevas* que á veces crían las *incultas* montañas euskaras! La luna de miel del payo y el dómine terminó pronto, sabe Dios porqué; según he leído, el Fulanez ha renunciado la escuela de Ituren y se marcha á europeizar otros lugares con su castellano.

Sin duda, el mismo espíritu utilitario que soliviantó á los baskongados de Ituren contra el baskuenze, instigaría el *ojeo* organizado en Busturia contra esa lengua. Este es el caso bizkaino. El maestro de dicho pueblo,—para mayor ignominia, euskaldun de raza y lengua—se distinguía por los crueles castigos impuestos á los niños que hablaban en baskuenze dentro ó fuera de la escuela. La Junta provincial de instrucción pública, á propuesta del diputado D. Sabino de Arana, le apercibió ó amonestó severamente, y el maestro para disculparse, publicó en el *Noticiero Bilbaino* un comunicado, haciendo constar que obraba por instrucciones de los padres de los escolares. A mi noticia no ha llegado ninguna rectificación.

Veamos, ahora, el caso guipuzkoano, no tan inaudito, seguramente, como los anteriores. Y digo que no es tan extraño, porque la profesión de determinadas ideas conduce lógicamente á la negación de la patria. Consiste el caso en las siguientes palabras de los obreros socialistas de Eibar, publicadas por algunos diarios de San Sebastián. «Hablamos vascuence porque no sabemos castellano. Nosotros hablaríamos con muchísimo más gusto en éste idioma, pero querer no es poder». Verdad; pero querer dejar de ser baskongado, es ya no serlo.

Faltaríamos á la justicia, si de estas odiosísimas infidelidades, hiciéramos responsables á los aldeanos de Ituren y Busturia y á los obreros de Eibar. Detrás de aquellos, á guisa de apuntadores, encontraríamos al *jauncho* rural, graduado de Doctor en las Universidades periodísticas rotativas, el *indiano* de retorno que en su aldea representa el papel del asno cargado de reliquias; detrás de éstas, al *industrial* de la lucha de clases, dueño de tabernas donde á una con los vasos de vino, se expende la *buena nueva*. Pero no es mi ánimo depurar responsabilidades, sino extraer de estos casos típicos las sugestivas enseñanzas que encierran. Y es la primera: los enemigos declarados

del baskuenze, forman dos grupos; el de los utilitarios que sólo consideran la menor facilidad que para el comercio de la vida suministra el baskuenze, obstáculo á la rápida difusión de sus ideas. Y es la segunda: que existen baskongados para quienes la posesión de su idioma significa cierto estado de inferioridad intelectual y social, de que esperan redimirse renunciando al habla de sus padres. Procedimiento más fácil y expedito que no el adoptado por todos los pueblos modernos de Europa, cultivar y perfeccionar sus lenguajes rústicos, hasta elevarlos al rango de lenguas cultas y sabias. Así es que yo no conozco ejemplo de pueblos que se hayan deshecho de su lengua nacional, como de ropa vieja é inservible. Para encontrar una mentalidad semejante es preciso acudir á Aguinaldo y, sus tágalos, los cuales, en su alegato de agravios contra España, incluyeron el de que no se les había enseñado el castellano. Lo veis, señores? los enemigos del baskuenze en Ituren, Bustúria y Eibar, son gente de *taparrabos*, son los tágalos de Baskonia.

Nuestra amadísima lengua corre peligro de muerte. Al parecer, se pueden contar los pasos que la separan del sepulcro. El lugar donde, por tanda, se están celebrando este año las Fiestas Euskaras, con mayor insistencia que otro alguno nos invita á solemne meditación sobre esta muerte. Más de prisa que en San Sebastián, padece Irún la deseuskarización de su vecindario. Cualquiera diría que el casco del pueblo es colonia alienígena, habitada, también, por algunos centenares de baskos, pero de baskos cohibidos, apocados, que, ó se avergüenzan, ó no se atreven á manifestar su naturaleza.

(Se continuará)





Discurso del Sr. Campión

pronunciado en los Juegos florales de Irún

(CONTINUACIÓN)

Los niños de la calle no hablan en baskuenze. Qué les han enseñado á esos niños? que el baskuenze es *cursi*? que el baskuenze es obscurantista? que el baskuenze no se cotiza en Bolsa? Fríos, indiferentes, sin amor ni odio, los padres asisten á la ruptura de esa cadena de oro, el lenguaje patrio, que enlaza á las generaciones, y hace del último de los pescadores un *compatriota* de Elkano. Baskonia reaparece en las laderas de esas colinas, donde se pisan árgomas y helechos. El caserío, madre de donde fluye perenne la renovación de la raza, ejerce el oficio de las antiguas Vestales. Cuando el caserío, á su vez, vencido por el mal ejemplo de quienes debieran dárselos mejores, se rinda y capitule ya no será el crepúsculo, será la noche la que cierre sobre Euskaria degenerada.

Irún, Irún! por qué desfalleces en tu fidelidad euskalduna? No te-

mais; señores, que fulmine anatemas. En el alma del huésped no anida la cólera. La pena, que á nadie afrenta, galardón digno de la hospitalidad recibida, abre sus raudales. Yo quisiera que los progresos de Irún dejaran de efectuarse á costa de su carácter baskongado. Porque el euskarismo, en lo que tiene de más exquisito y amable esta diluido hasta en el aire que aquí respiramos. Observad el círculo de montañas que desde las cumbres de Aya, Jaizkibel y Arkale, baja, es calonando colinas, hasta la vega; el curso apacible del Bidasoa y sus aguas serenas que no reflejan agresivos acantilados, sino asequibles riberas, demostrando, á su modo, la unidad del pueblo basko, pues si Dios levantó entre Francia y España los Pirineos, fué para reducirlos á montones de arena en estos confines de Labourd y Gípuzkoa; la placidez del húmedo ambiente, el verdor inagostable de los campos; la hermosura de las mujeres cuyas gargantas modulan el baskuenze con entonación tan suave que promete todas las ternezas de la esposa y de la madre; la honradez, la laboriosidad, la cortesía, el genio jovial y abierto de los hombres. Observad, señores, estos rasgos físicos y morales, y decidme si Irún no ha sido, y puede seguir siendo, un pueblo modelo en la Euskal-Erria!

Más demostrativo que acumular epítetos laudatorios me parece narrar un suceso que causó la admiración de cuantos lo conocieron. Era el año de 1895, sino estoy trascordado, y el día de la festividad de San Marcial. Entre los que asistieron al *alarde* se promovió una encrespada riña, y á pesar de que todos ellos estaban armados de fusil y bayoneta, las únicas armas que allí salieron á relucir, fueron los puños. De esta suerte, lo que en los países donde imperan la cobarde navaja y el innoble flamenquismo, lo que en esos países de donde nos traen maestros encargados de pasar una fétida esponja sobre nuestra castiza fisonomía hubiera sido pronto sangrienta pelea, en esta noble, en esta honrada tierra irunesa, no rebasó los límites de una cachetina de muchachos.

Estoy oyendo la excusa que los iruneses amantes del ayer de su pueblo, pero sin vigor para perpetuarlo, alegarían, si ahora me contestasen. «Irún, por circunstancias notorias, contiene densa población forastera y á su contacto se tiñe de nuevos colores la propia.» Esta excusa que otras localidades, también, aducen, es una raquítica hoja de parra que no cubre la desnudez de patriotismo. Habeis visto, por ventura, que esos castellanos, esos andaluces, esos aragoneses que vienen

á vivir entre nosotros, adopten las costumbres y el idioma de los baskongados? Porqué, pues, los baskongados, dentro de su casa, han de adoptar el idioma y las costumbres de ellos? Contestaré sin rebozo, aunque amargue. Es, porque dichos forasteros se estiman superiores á los baskongados y no se creen en el caso de imitarles. Los baskongados no se burlan de los forasteros que ignoran el baskuenze, pero los forasteros ridiculizan á los baskongados ignorantes del castellano. El más andrajoso *arrote* de tierra dentro, que en la región euskara busca, y encuentra, el jornal que no le pueden pagar en su pueblo, sólo menosprecio abriga hacia los que denomina *sagardúos*. Exigirá, con denuestos é invectivas, que le dirijan la palabra «en cristiano» y á duras penas soportará que los naturales, cerca de él, se expresen en el idioma materno. Mil veces he presenciado hechos de esta índole, y todavía estoy por encontrar baskongado que replicase: «usted es quien debe aprender mi lengua, porque usted ha venido á mi tierra.» No lanzaré vituperios sobre el forastero que conserva y propaga su personalidad étnica; los reservo para el natural que, imitándole, se descasta.

Si la creciente inmigración alienígena, y la facilidad de comunicaciones y el aumento de los contactos extraños han de borrar, con denigrante facilidad, la fisonomía del pueblo euskadun, la última página de su historia contendrá una gran vergüenza. Porque dirá la Historia y dirá bien, en parte: «la tan admirada conservación de un pueblo original durante innumerables siglos en las gargantas del Pirineo, rodeado de naciones y gentes poderosas, no se debe al valor, á la constancia, al patriotismo, no. Es un simple resultado del aislamiento, producido por la topografía. Esa conservación no es un rasgo épico, es un simple accidente geográfico» ¿Es este, señores, el epitafio que los modernos baskongados, desvanecida la cabeza por ciertos progresos de segundo orden, pretenden grabar sobre la lápida sepulcral de Euskaria?

II

Supongo habreis notado, señores, en varios de los párrafos de mi discurso, cuánto me obsesiona la escuela de primeras letras. Con efecto, la enseñanza exclusivamente castellana produce directamente la deseuskarización del país. Bajo su forma actual, dicha enseñanza es el enemigo más dañino y eficaz de la conservación del baskuenze. Por virtud de las disposiciones legales, el patriota euskaro se ve forzosa-

mente constreñido á mirar con mejores ojos la ignorancia que la instrucción.

Os escandalizo, verdad? No seriais de vuestro tiempo, sino os escandalizaseis; á mí, de cuantos reproches puedan dirigirse, el de *inactual* me place sobremanera. La instrucción popular es la gran panacea social contemporánea. Aquello de que no fueron generales, sino los maestros de escuela prusianos quienes ganaron la batalla de Sadowa; aquello de que abrir una escuela es cerrar una cárcel; la exculpación famosa que Victor Hugo puso en boca del *communard* de *L'année terrible*, increpado elocuentemente por el incendio de la Biblioteca de París: «no sé leer!» (1). Tantas y tantas frases hechas, repertorio obligado de sociólogos chirles y de regeneradores visionarios, diariamente repetidas á diestro y siniestro, á roso y velloso por periódicos, revistas, parlamentos y ateneos, han creado una mentalidad especial, una mentalidad china ó siamita, extraordinariamente difundida, que solo puede calificarse como corresponde, denominándola «superstición escolar».

Puesto que la instrucción primaria al uso, en puridad, es arma de guerra forjada para causarnos un mal mayor que el que provenga de la ignorancia, hora es ya de emplazarla y traerla á la barra, no para negar los beneficios de ella, indudables y deseables por otra parte, sino para reducirlos á su exacta proporción, destruyendo, al paso, el respeto humano que cohibe nuestra defensa con el absurdo supuesto de que, en todo tiempo y lugar, los bienes de la instrucción sobrepujan y aventajan generosamente á cuantos males sea justo echarle en cara. ¡Sería cosa de ver que por huir del grotesco sambenito de *analfabetos*, dejásemos de ser baskongados!

Los bienes atribuidos á la instrucción popular por sus irreflexivos é impresionables panegiristas, se compendian y cifran en dos: moralidad de los individuos y cultura de las naciones. Es ésto exacto? Veámoslo, examinando ambos puntos separadamente,

Que la instrucción no ejerce ningún influjo beneficioso sobre la moralidad, ó en otros términos, que la buena ó la mala conducta es absolutamente independiente de las nociones científicas poseídas por

(1) Pocos ó muchos de los incendiarios carecerían de instrucción. Pero Victor Hugo, cortesano envilecido de la demagogia, se calló que los corifeos de la infame sublevación comunista, los Delescluze, Hocerens, Blanqui, Pyat, Pigault, Ferré, Malon, Vallés, Courbet, Vermorel, Rossel, Arnould, etc., etc., no eran *analfabetos*.

el individuo y la colectividad, es, *á priori*, evidente de suyo, y maravilla la existencia de la convicción contraria. Pero ésta reina, y mucho antes que la estadística con impasibles números hubiese demostrado su insubstancialidad, un prócer del libre-pensamiento, anglo-sajón y positivista, dotado, por tanto, de las notas que mayor autoridad confieren dentro de las escuelas y agrupaciones políticas defensoras de la enunciada quimera, Herbert Spencer, en su notable *Introducción á la ciencia social*, le había comunicado la certidumbre de una verdad matemática á la reputación de ella. Y há poco, al cumplir los ochenta y dos años y publicar su libro de despedida *Jacts and Comments*, observando que la estúpida superstición sobrevive y gana nuevos prosélitos, la ataca con vigorosa insistencia: «Por todas partes resuena—dice—el grito de: *Instruíd, instruíd, instruíd!* En todas partes se imaginan las gentes que las escuelas, con la educación que dan, servirán para elevar el nivel humano. Se imaginan que, si los hombres saben lo que es bueno, lo ejecutarán á posta, es decir, que una proposición admitida intelectualmente, podrá transformarse en acción moral. Y el mentís cotidiano de la experiencia no basta para prevalecer contra este error. No obstante que, á proporción del número de escuelas, se multiplica el de los estafadores y de los filibusteros, de los falsificadores de alimentos, de los agentes de negocios sucios, la creencia establecida conserva su fuerza, y recientemente, en América, la protesta general contra los progresos anuales del crimen coincidía con la resolución de multiplicar las escuelas». El anciano filósofo estima que la identificación del espíritu humano á la inteligencia y la depreciación del sentimiento, nos conducen, derechamente, á la «re-barbarización de Europa» y lo declara sin empacho, pidiendo que la instrucción intelectual sea substituída por la educación moral. Resumiré, para vulgarizarlos, los argumentos de hace treinta años. A ciertos partidarios del progreso, se les ha de servir estas novedades.

En primer término notemos que el problema de si la instrucción moraliza ó no, es de orden psicológico. La psicología nos enseña que el hombre no se determina á obrar, ni se abstiene de obrar, por las *ideas* que almacena su mente, sino por los motivos que solicitan su voluntad. El pensamiento es la luz que ilumina la vía; la volición, el motor que la recorre. Llega á mis manos un libro acerca de Çaleyamuni. Lo leo, lo entiendo hasta en sus menores detalles. Quiere esto decir que yo, desde ese mismo instante, ajustaré mi conducta á la doc-

trina budista? No, mientras ésta no reciba el asentimiento de mi voluntad. Entre el hacer y el entender media un abismo. Nociones clarísimas nos dejan indiferentes; ni un dedo moveríamos á su favor. Nociones confusas, ininteligibles casi acaso, pero que, á la par, son sentimientos profundos, obtienen, á veces, el sacrificio de nuestra vida.

Con mayor relieve expresa éstas verdades Herbert Spencer. «Sostener que el sentimiento y la razón mantienen una relación constante, es enunciar una proposición que pide restricciones. Con efecto, á uno de los extremos figuran las acciones automáticas que se verifican independientemente del sentimiento, y al otro extremo los sentimientos tan intensos que desarreglan á las funciones vitales, y por tanto, molestan ó detienen su acción. Pero generalmente hablando, la acción y el sentimiento obedecen á las mismas variaciones.—A ésta verdad incontestable en su generalidad se ha de añadir el principio de que el conocimiento *no produce* la acción. Si me clavo una aguja ó inadvertidamente meto la mano en agua hirviendo, me estremezco: la sensación fuerte produce el movimiento sin intervención de la facultad de pensar. A la inversa, la proposición de que la aguja pincha y el agua caliente quema, me dejan impassible. Ciertó es que si á una de esas proposiciones se añade la idea de que mi piel va á ser atravesada por una aguja ó rociada de agua hirviendo, resultará una tendencia, más ó menos pronunciada, á recular. Pero esta acción es debida al dolor ideal».

(Se continuará)





Discurso del Sr. Campi3n

pronunciado en los Juegos florales de Ir3n

(CONTINUACI3N)

El ejemplo m3s t3pico y sugestivo de Spencer es otro. «Mirad 3 esa gente agrupada en la orilla del r3o. Acaba de zozobrar un bote, y el hombre que la tripulaba corre peligro de ahogarse. Todos los espectadores saben que si no se le socorre, pronto perecer3 el infeliz. Ninguno de ellos niega que ech3ndose 3 nadar, podr3a salvarle la vida. Toda su vida han estado oyendo que es un deber ayudar al pr3jimo en peligro; individualmente, profesan todos que exponer su vida por salvar la de otro, es acci3n merecedora de encomio. Sin embargo, aunque varios de ellos saben nadar, se limitan 3 gritar «¡socorro!» 3 3 dar consejos. Aparece otro individuo. Se desnuda y se arroja al agua. En qu3 difiere de los primeros? No por la ciencia. El convencimiento de los primeros es tan claro como el suyo. Saben, tan perfectamente como 3l, que un hombre corre peligro de morir, y conocen igualmen-

te, el medio de salvarle. Es que, en el reciénvenido, ese conocimiento excita con mayor fuerza que en los demás, ciertas emociones orrelativas. Todos han experimentado sentimientos; pero en los unos, los sentimientos que paralizan, como el miedo, predominan, y en el otro abundan los sentimientos provocados por la simpatía. Por lo demás, en ambos casos, la emoción, y no el conocimiento, determina la conducta».

Los partidarios de las «virtudes curativas» de la instrucción deberían haber comenzado por demostrar la relación causal entre saber geografía y aritmética y abstenerse de robar ó matar, pongo por caso. Pondré un ejemplo de mi cosecha. Doy un paseo solitario. Delante de mí camina un hombre que va registrando papeles; de entre éstos se despiende un billete del Banco que el viento trae á mis piés. Lo recojo. Nadie me ha visto. Estoy sin un cuarto, lleno de deudas y necesidades. Me lo guardo? lo devuelvo á su dueño? qué hago? En mi conciencia celebran su careo la honradez y la maldad; de parte de aquella pelean mis principios religiosos y morales, de parte de ésta, mis pasiones, la segura impunidad del delito.. Por lo contrario, no toman parte ninguna en el angustiante coloquio mis nociones acerca del ácido carbónico ó las campañas de Seti I.

La moralización mediante la instrucción pretendía fundarse sobre hechos sacados de la estadística. La pretendida demostración estribaba en aplicar el burdo sofisma: *post hoc, ergo propter hoc*. El sesenta, el setenta, el ochenta por ciento de los delincuentes—decían á veces con datos incompletos ó mal observados—no sabe leer ni escribir: luego la ignorancia es madre de la criminalidad. Mas si se hubiese tomado otro punto de comparación: las mudas semanales de camisa, el abono al teatro real, la asistencia á los dramas líricos de Wagner en Bayreuth, la posesión de un automóvil, la afición á pescar con caña, etcétera, etc., los tantos por cientos habrían aumentado abrumadoramente y las causas de la criminalidad habrían sido cada vez más estuendas. La nota cómica de esas resobadas estadísticas consiste en que, de ordinario, solían referirse á países donde la mayoría de los habitantes eran *analfabetos*. Claro! los criminales lo eran también. Pero á compás que se invertía la proporción de los ignorantes se invirtió la de los criminales, aumentando el número de los instruidos, sin que por eso se rebajase el coeficiente de la delincuencia total. Antes por lo contrario la criminalidad va aumentado, particularmente en la Euro-

pa occidental, que suministraba la materia prima á éstos cubileteos estadísticos.

La ineficacia de la instrucción es un hecho patente, Señores, que ningún publicista de valer y buena fé pone en duda, aunque profese ideas erróneas en sociología y criminología. «Se vé claramente—dice el insigne y originalísimo sociólogo Mr. Carde—el influjo de la instrucción sobre la locura y el suicidio, que aumentan paralelamente á sus progresos; pero por ninguna parte se nota su acción se-dicente restrictiva, sobre la criminalidad. El informe original lo consigna y deplora». Oigamos, ahora, al barón Garófalo: «Italia, donde la instrucción comenzó á difundirse con bastante amplitud desde 1860, ha visto aumentar, en proporciones graves, precisamente desde entonces, las cifras de su criminalidad». Francia, añade el mismo autor, que e año 1826 contaba entre 100 criminales 61 ignorantes y 39 más ó menos instruidos, observa, que la proporción se invierte bajando á 38 los primeros y subiendo á 70 los segundos. Mr. Fouillee que en su obra *La Science sociale* hizo suya la majadería de Victor Hugo: «el que abre una escuela cierra una cárcel», pocos años después hubo de escribir, con tristeza, las siguientes palabras: «La instrucción científica, cada vez más divulgada, no ha elevado el nivel moral; al revés, éste baja». España demuestra cuán exagerada ha sido, á veces, la proporción entre la ignorancia y la criminalidad, pues cuando aquella afectaba á las dos terceras partes de la población total, el *analfabetismo* apenas suministraba la mitad de los delincuentes, habiéndose dado el caso de que en los presidios figurasen 64 asesinos instruidos junto á 67 ignorantes.

La Criminalidad aumenta en la mayor parte de las naciones europeas y americanas; este es un hecho indiscutible; y aumenta á pesar del desarrollo de la instrucción (no quiero decir que por su culpa): este es otro hecho tan indiscutible como el primero. Y en algunas partes el aumento reviste caracteres que infunden extraordinaria tristeza. En Francia, por ejemplo, recae sobre la precocidad de los delincuentes. De arte que, cuanto menos tiempo hace que los muchachos salieron de la escuela más cerca de la cárcel están Existen, por otra parte, categorías muy extensas de delitos, pocas veces castigados, que solo los cometen personas de regular instrucción, tales son los que perpetran la industria y el comercio, sofisticando la calidad, sustrayendo la cantidad y falsificando las marcas de las mercancías, defrau-

dando al Estado los derechos de aduanas, presentando balances amañados, hinchando artificialmente las cotizaciones de valores, realmente ruinosos, para lanzarlos al mercado y deshacerse de ellos, etc., etc. Si la instrucción no disminuye el número de crímenes y delitos, facilita extraordinariamente su comisión é impunidad. El día que la toxicología y los cultivos microbianos se vulgaricen, los nuevos criminales se reirán á mandíbula batiente de los antiguos é inexpertos envenenadores. Gustavo Humbert sabía más derecho procesal que todos los tribunales de justicia juntos. Por eso ha sido tan difícil y tardío el descubrimiento de su colosal estafa. La instrucción disminuirá el número de los criminales violentos, para aumentar el de los astutos. La ciencia sin conciencia es el mayor de los castigos que Dios puede desatar sobre un pueblo. En una palabra, la escuela, como instrumento de moralización, ha fracasado.

Y no podía menos de sobrevenir el fracaso, Señores. Para maravillarse de ello, es preciso carecer del sentido de la causalidad. La instrucción obra sobre el hombre mutilado. Procede, cual si fuese inteligencia pura, prescindiendo de la voluntad. Las ideas no influyen sobre la conducta, sino en cuanto se transforman en sentimiento, porque solo entonces integran el carácter, que es la constante del hombre moral. El carácter ha sido definido «estratificación de ideas inconscientes», es decir, descendidas de la región móvil del pensamiento a la región estable del sentimiento. La voluntad es dirigible. Su director se llama la *educación*. Mas para educar es preciso ordenar á nombre de principios superiores á la naturaleza humana. He aquí la causa de que solo la Religión eduque y de que solo la Religión moralice.

III

Estudiemos, ahora, Señores, la segunda de las supuestas virtudes de la instrucción primaria. Así como al declararla agente de moralidad, campean, sin freno, la imaginación y la fantasía, no cabe desconocer cierta relación positiva entre la instrucción y la cultura, siendo aquella los primeros peldaños por donde se sube á ésta. El error consiste en identificar ambos términos ó en suponer que, ordinariamente, se recorre toda la escala.

La cultura no es estado común y ordinario. Procede de una vocación personal. Derivase la palabra de *cultum*, supino del verbo *colere*

«cultivar» y significa el cultivo de las facultades más preeminentes de la naturaleza humana, intelectual y sensitiva, siguiendo una tendencia general y absolutamente desinteresada. Un especialista, aun eminente, y por importante que sea su especialidad, no es persona á quien corresponda el dictado de culta. Requiere en mayor ó menor grado, la cultura, apropiación de heterogéneos conocimientos, viva receptividad estética, refinamiento de gustos, es decir, constante aspiración á disfrutar de lo verdadero y de lo bello, alcanzando el mayor esplendor posible cuando se procura, asimismo, la posesión de lo bueno. Los hombres cultos suelen obtener, con adjetivación inexacta por exagerada, el calificativo de universales. Dentro de ciertos límites lo fueron, por ejemplo, los hombres del renacimiento italiano.

La cultura, por tanto, no es ropa usual de muchedumbres sino presea de verdaderas aristocracias intelectuales. Suponer que la instrucción, no ya primaria, sino profesional, produce necesariamente la cultura, es ignorar lo que es cultura. Hablaba yo con un conocidísimo editor acerca de las obras que editaba, y le pregunté porqué no prefería las ediciones manuales, elegantes y baratas a la vez, á los enormes in-folio de lujo que salen de sus talleres? Sabeis, Señores, lo que me replicó?—«Los libros baratos, salvo los de mera actualidad, no se venden. Las gentes quieren libros lujosos para ponerlos sobre la mesa de la sala.»—Con efecto, así es. Sobre las mesas encontraréis á los pobres libros, *bibelots* impresos, sin que nadie los toque, excepto la criada con el plumero. Y es que el dueño, médico, abogado, ingeniero, comerciante, industrial, propietario, apenas despacha sus negocios particulares corre al casino, á la tertulia en busca de vulgo que le distraiga, incapaz de recrearse intelectualmente. Ahí teneis el estado mayor de la anunciada cultura.

Hay más; las personas instruidas que aprecian la instrucción como instrumento de trabajo productivo,—las cuales son y á *fortiori* han de ser la mayoría,—miran, sobre todo en los países muy utilitarios, de reojo, hasta la instrucción superior del espíritu. Mr. Carnegie, dueño de cien millones de dólares ganados en empresas mercantiles decía: «Atendido que en las esferas del negocio ninguno de los hombres que conquistó alto puesto había recibido ningún grado académico, hay fundamento, al parecer, para sacar la consecuencia de que, la educación de colegio, tal como hoy se da, es obstáculo insuperable á ese género de éxitos. El graduado que, á los veinte años, se dedica á los

negocios, será indefectiblemente suplantado por el mancebo que ha barrido el almacén...» Cuánto apreciarían este criterio los de Ituren! Otro millonero, Henry Clewes se expresa más desdeñosamente aún: «Yo no empleo en mi banco á ningún hombre que haya frecuentado el colegio. Están echados á perder para la vida del negocio. Sus pensamientos no se enderezan al tráfico, sino á los libros, la literatura, la filosofía, el latín». Cuenta que los Estados Unidos es uno de los pueblos más apasionados por la instrucción; que gasta sin tasa por difundirla; que cerca de diez y ocho millones de americanos (la cuarta parte de la población total) se sientan en los bancos de las escuelas y colegios; que esos mismos milloneros favorecen con donaciones y legados regios á los centros docentes que procuran encarrilar con dirección utilitaria. Pues con eso y todo, no hay probabilidades de que florezca a verdadera cultura. Comparado al alemán el pueblo norte-americano es un pueblo bárbaro. La reforma universitaria de la República grande, consiste en acentuar la nota práctica y técnica, de suerte que la enseñanza sirva de *entrainement* á los futuros hombres de negocios» (1). He aquí cómo pueden darse la mano, y se la dan, de hecho, amenudo, la instrucción y la incultura.

El yankee, por prejuicio utilitario, menosprecia á la instrucción superior. El enemigo de ella en Europa es la pasión política, la creciente envidia democrática que todo lo invade y arrolla merced á los desastrosos progresos del socialismo. Los partidos avanzados reclaman la instrucción integral y universal. Integral; entended, Señores, la instrucción limitada, restringida, sumamente incompleta, sin asignaturas que ennoblezcan y adornen el espíritu, irreligiosa, amoral y utilitaria; una instrucción de capataces, y por excepción, de directores técnicos de explotaciones agrícolas, fabriles y comerciales. Pero sobre todo, una instrucción uniforme, dispuesta en obsequio del mayor número que, desde el tiempo de Salomón, lo constituyen los necios, hasta que se repita el resultado de China: una multitud que sabe leer y no sabe pensar.

(Se continuará)



(1) John Van Vorst: «*La nouvelle Amerique*» («Revista de Ambos Mundos», 15 Septiembre de 1903.



Discurso del Sr. Campi3n

pronunciado en los Juegos florales de Ir3n

(CONCLUSI3N)

Antes se decia: cu3ntos y cuantos hombres de talento maravilloso, y hasta de genio, no permanecen sumidos en los subterr3neos de la sociedad, sin salir nunca 3 luz; con perjuicio com3n y propio, por falta de escuelas y otros medios gratuitos de instrucci3n. Estos s3 que son gastos reproductivos. El capital-dinero que se disipe pronto ser3 reemplazado por el capital-inteligencia que se cree. Tambi3n esta profecia resulta pura ret3rica, Se3ores. El n3mero de instruidos aumenta; el de individuos eminentes, 3 simplemente notables, permanece estacionario. La c3fila, tonta entra en la escuela y tonta sale de ella. Existen regiones, singularmente en el norte de Europa, donde la instrucci3n general coexiste con la vulgaridad y la insignificancia generales. De aquellos cerebros no ha brotado nunca la m3s leve chispa. Esta cuesti3n de los hombres superiores, no es cuesti3n escolar, sino 3tnica.

Cada pueblo, cada raza, rinde el tanto por ciento de hombres eminentes que le consiente su naturaleza intelectual. La pequeñísima Grecia del siglo de Pericles, pesa, en las esferas del pensamiento y del arte, infinitamente más que los enormes Estados Unidos, apesar de las millonadas que derrochan á favor de la instrucción pública. Si desapareciesen del globo, no se apagaría una luz intelectual siquiera. La inexistencia de Grecia, qué de espesas tinieblas sin rasgar no significaría en la historia del mundo?

No niego que por una combinación anormal de circunstancias desfavorables, algunos hombres á quienes la naturaleza capacitó para desempeñar primeros papeles en el mundo habrán vegetado, sin lustre, en el rincón de la aldea ó del taller. Pero éste, lejos de ser frecuente, es caso rarísimo. Pensáis que el divino Platón y el portentoso Aristóteles, habrían vivido en el tugurio de un remendón, enmohecidos por la ignorancia y desterrados perpétuamente de la ciudad de las ideas? El hombre de gran capacidad experimenta, dentro de sí, el impulso que le empuja á escalar el puesto merecido. No repta sobre los anillos ó las cerdas del gusano; vuela con alas de águila ó de paloma. Y sube á las más imprevistas alturas: como subió Sixto V desde la zahurda de Félix Peretti á la tiara; como subió Roberto Burns desde el aterido terruño escocés, estercolado por sus manos, á los salones aristocráticos de Edimburgo.

Cuál es el valor social de la instrucción democrática, ó sea de la instrucción facilitada al mayor número posible de ciudadanos? Lo diré sin ambages, reconcentrando mi pensamiento, aunque el asunto merece detenido estudio y acerca de él se ha escrito copiosa biblioteca. Semejante instrucción, *á fortiori*, es deficientísima y solo produce *semi-ignorantes*. Resultado que dictó á un sabio tan eminente y de orientaciones tan modernas como Mr. Michel Breal, ácre sentencia: «el semi-saber que proporcionan esas escuelas, es reclutador tan seguro de soldados para el motín como la ignorancia». Más seguro, añade Gustavo Le Bon, comentándola; los progresos de la criminalidad, alcoholismo y anarquía entre los escolanos, lo acredita. Cunden la indocilidad, la inmodestia, la ridícula convicción de poseer conocimientos de que se carece, el tédio del trabajo manual, el culto al verbalismo. Y si esa instrucción se completa, sin que le acompañen, conjuntamente, medios de decorosa subsistencia, y los graduados y diplomados se ven en medio del arroyo, ahitos de ciencia y ayunos de pan, ah! entonces,

Señores, la inadaptación entre el individuo y su ambiente social es absoluta, y la demagogia adquiere, *ipso facto*, los conductores y cabezas que la conducirán al combate, y acaso á la victoria.

Prescindamos de este aspecto en cierta medida, filosófico del asunto, é investiguemos, aunque sea somerísimamente, cual es el efecto *útil* de la decantada maquinaria escolar, sobre las muchedumbres populares. Yo os invito, Señores, á que comprobéis con vuestras observaciones propias, los grados de exactitud de las mías referentes á España y especialmente á la región basko-nabarra. Voy á hablar de lo que ordinariamente sucede, desentendiéndome de las excepciones, pocas ó muchas, confirmatorias de la regla general.

Interroguemos á un jornalero ó labrador dos años después de que haya dejado de asistir á la escuela. Enseguida notaremos que todas las nociones del orden científico ó literario (historia, gramática, geografía, aritmética, etc.), se le borraron por completo. Únicamente retiene las del orden practico: lectura y escritura y las cuatro reglas. Aun dichas nociones, por falta de práctica, cobre todo en las clases rurales, se reducen poco á poco á sacar una cuenta por los dedos, á escribir una carta, sin ortografía ni puntuación, con tosquísimos caracteres que derrengan á la pluma de acero que los traza, y á deletrear un impreso.

La mayoría de los obreros urbanos y la minoría de los rurales suele mantenerse dentro de aquel *mínimum* de la instrucción arriba señalado, sin mermarlo, y aun gusta de ejercitar su conocimiento de la lectura, suministrando pasto á cierta afición intelectual que, por imitación de lo que vé, ha adquirido. El intelectualismo, sumamente raquíutico en las clases altas y medias de nuestra sociedad, caracteriza por su efectiva incultura, no lo hemos de hallar pujante en las populares. Estas buscarán la *cultura* que se vocea por calles y plazuelas, la cultura rotativa á perra chica. De suerte, Señores, que el efecto util de la instrucción, en resumidas cuentas, no es otro que el de poder leer, y leer, de hecho, un periódico. ¡Si éste fuese bueno... pero Dios sabe lo que será!

Sin entrar en la dilucidación de cuál es la prensa buena y cual la mala, dilucidación que se roza con la política militante, me ceñiré á formular apreciaciones de carácter general, relativas á los efectos comunes de la lectura de periódicos. Es la primera: la elección de periódico es acto libre, determinado por las opiniones particulares del lector. Cada ciudadano compra el diario que halaga á sus ideas, ciertas

ó erróneas, y á sus pasiones, buenas ó malas. Por tanto, el periódico, en vez de abrirle la inteligencia, se la cierra á cal y canto, se la cristaliza, atrofiándole la facultad de pensar y el sentido crítico para adoptar nuevas y diversas orientaciones. El periódico, parcial en sus juicios, parcial en su información, parcial en lo que dice, parcial en lo que calla, suministra nociones incompletas, fragmentarias, á menudo amañadas deliberadamente y deforma y desfigura, aun sin quererlo, la realidad. El lector asiduo de un periódico, es un emparedado; acaba por delegar sus operaciones discursivas en el personal de la redacción, incapacitándose para formar juicios propios. Las naciones modernas son teatro de este espectáculo extraordinario: una muchedumbre de inconscientes traída y llevada al antojo de un grupo de irresponsables.

Junto al público, relativamente escaso, que profesa ideas políticas concretas y solo lee periódicos de su partido, existe esa otra multitud de lectores, saturada del espítitu circunambientante, pero sin criterio fijo ni orientación definitiva, impertinentemente curiosa, á quien no bastan los *chismes* de su casa, de su vecindad y de su barrio, sino que reclama la *chismografía* del mundo; *masa neutra*, como dice la galiparla, que todos los periódicos procuran captar, multiplicando y ampliando los medios de información. A medida que ha ido engrosando el vulgo que sabe leer, la prensa se ha ido transformando, mediante el apartamiento de las ideas generales y de la forma literaria para cultivar la noticia y el estilo telegráfico. El *reporter* desbancó al periodista de la antigua cepa que escribía artículos doctrinales con el esmero que exige la obra de arte. La moderna prensa industrial, la fábrica periodística, va relegando á segundo término á la prensa de ideas, obligándole á adoptar los nuevos procedimientos.

La prensa industrial, por primera providencia, estudia la mentalidad del mercado; no se propone modificarla ni combatirla, sino cortejarla, adularla y contentarla. El libro de suscripciones y ventas es el esfigmógrafo que revela los latidos de la opinión. Su ideal es colocar el mayor número posible de ejemplares; su artificio, las consabidas paletadas rítmicas de cal y arena; su finalidad exclusiva, repartir grandes dividendos activos. Digo exclusiva, con una restricción: salvo los casos, no infrecuentes, en que el industrialismo y el espíritu sectario andan del brazo, para verter, con hipocresía, ideas que, desarrebozadamente expuestas, serían rechazadas. Y como cada público, ó cada fracción de público posee sus tendencias especiales, el periódico, antes de nada,

ha de saber servir el manjar apetecible. En España cultivará la gacetilla, la noticia, es decir, el hecho vulgar y sin trascendencia, exigido por el realismo decadente y la incultura de la raza; en Francia; el folletón, pasto de la novelaría y sensiblería galas, y exponente máximo, á la vez, del nivel literario democrático.

Un escritor de mucho talento, observador agudísimo, Mr. Maurice Talmeyr, notando que lo primero que busca la gente del pueblo al desplegar el periódico, es el folleton, se dedicó á leer los que publican los periódicos populares. El resultado de su labor investigadora, abundantísimamente documentada, fué: que el folletón, á partir de *El Judío Errante* y los *Misterios de Paris*, y acabando por los esperpentos de Bouvier, Hector France, Boulabert, etc., pinta, sistemáticamente, á los curas, monjas, frailes y católicos prácticos de toda clase y condición, como a verdaderos monstruos, autores de crímenes espantosos y reos de vicios degradantes. Sabéis, Señores, para quien reservan los folletones, las bengalas y los aromas de la apoteosis? Para las madres-solteras: ¡inesperados y sugestivos ejemplos de virtud!

El efecto *útil* de la instrucción popular objeto de tan sonoros diti-rambos, no excede del de multiplicar indefinidamente el número de lectores de gacetillas inútiles, folletones inmorales y artículos políticos. La montaña aborta el ridículo ratoncillo de la fábula... Mas ya sabéis, Señores, que la ciencia moderna ha demostrado ser los ratones los más activos inculcadores de la peste. Cómo, pues, nos ha de maravillar que la reacción contra la superstición escolar, ha treinta años iniciada por Herbert Spencer, se abra camino entre los sociólogos, por más que los de España continúan editando las pruebas de ese borroso *cliché*?

Vanamente los encomiastas de la instrucción propagan la fantástica panacea, fingiendo exclusivo afán por la cultura y moralización del pueblo. Incurran otros en la bobería de creerles, que yo, á Dios gracias, estoy, hace años, al tanto de sus propósitos é intenciones verdaderas. La ciencia, la cultura, la moralización, á la mayoría de ellos, no les importa un ardite. La prueba nos la suministra el hecho de que, cuando las escuelas y centros de enseñanza, los regentan colectividades que suelen serles antipáticas, las órdenes religiosas, pongo por ejemplo, si se atreven, los cierran, y sinó, les ponen cuantas trabas y obstáculos imaginan. El fin verdadero de los falsos apóstoles de la instrucción es político y no científico, ora porque suponen que los escasos conocimientos comunicados predispondrán la inteligencia de los fa-

vorecidos á recibir ciertas ideas mediante la prensa, ora porque siendo universal la tendencia de los Estados modernos a apoderarse de la enseñanza, esperan idéntico resultado de la influencia oficial.

De hecho, la instrucción escolar viene siendo mero *instrumentum regni*. Enumeraré sus especies, como si se presentasen aisladas en la práctica, prescindiendo de sus frecuentes combinaciones. Donde la conquista militar anexionó nuevos territorios, la escuela se dedica á la conquista moral de ellos: á despolonizar polacos, á teñir de inglés á irlandeses, etc. Donde la nacionalidad resulta de la federación ó conglomeración de otras nacionalidades más chicas y de razas diversas antiguamente separadas, la escuela se pone al servicio de la fracción nacional resuelta á ejercer la hegemonía sobre las demás: al servicio de los alemanes en el Imperio austriaco, al de los castellanos en la Monarquía española, etc. Por último, donde todas las resistencias regionalistas fueron vencidas, y murieron, para siempre, las almas locales, la escuela es el conducto por donde se distribuyen las ideas políticas, filosóficas, religiosas y sociales (entiéndase anti-religiosas y anti-sociales) del partido ó partida apoderado del Gobierno. Ejemplo, Francia, cuyas escuelas son órganos auxiliares, pública y oficialmente declarados, de la *conquista jacobina*.

El Estado docente, es decir, el Estado que monopoliza la enseñanza y enseña la doctrina de su gusto, para mantener, según dice, la unidad moral de la patria, falsificación inepta de la unidad católica desarraigada... Hé aquí, Señores, la última palabra, el remate y paradero de tanta hipócrita declamación sobre la ciencia y la libertad de la ciencia y la libertad de enseñanza de la ciencia; una verdad *oficial*, promulgada por políticos de profesión desde el Sinaí del presupuesto. ¡A la hora misma en que el Estado declara la licitud de todas las opiniones y de todas las propagandas, de todas las creencias y de todas las *in-creencias*, sin otro argumento á favor de esa monstruosa inhibición que el enunciado por los labios de Pilatos al preguntar á N. S. Jesucristo: *Quid est veritas?* «que cosa es verdad?»

El Estado docente requiere la transformación del maestro, delegado y suplente técnico del padre de familia, en funcionario público, ó sea, la completa subordinación del maestro al poder, ó en otros términos, á la política: abstracción que el Ministro, el Gobernador, el Inspector, el cacique cuidan de concretar. Esto lo tenemos en España, y parte de lo otro, también, y el resto vendrá á su hora. Para saber cómo

hemos de vestirnos en la estación próxima, basta mirar los figurines de París.

IV

Perdonadme, Señores, la cansada extensión de mi discurso, que es, a pesar de ella, mera indicación de ideas, sin su debido ulterior desarrollo. Y aun cuando parezca, acaso, que éstos razonamientos pertenecen á un tema general y no euskaro, os aseguro que no me olvidé un momento siquiera, del que palpitaba en mis primeras palabras: la deseuskarización del país por medio de la escuela.

¿Cuál es la actitud que los patriotas euskaldunas han de adoptar respecto á la enseñanza castellana á que vive sometido nuestro país? Combatirla por todos los medios, incluso el extremo, donde quepa racionalmente, del absentismo escolar, limitándonos al cumplimiento estricto de las leyes vigentes, sin facilitar su implantación ni extender sus efectos, y reclamar tenazmente, por medio de las Corporaciones provinciales y de la representación en Córtes, la enseñanza primaria bilingüe, por lo menos, procurando, mientras se obtiene y el Estado no lo prohíba, la apertura de escuelas libres donde se enseñe en baskuenze.

El absentismo escolar y la observancia, á regañadientes y en cantidad mínima, de la legislación escolar vigente, que yo preconizo, supuestos los perjuicios que, temporalmente, irrogaría á la difusión de las primeras letras, habrán de parecer inadmisibles á muchos de nuestros conterráneos, impresionados por los sofismas de moda. La escuela-manía, ó como se diga, es idea grata en nuestro país, no lo ignoro, y contradecirla se presta á fáciles ataques y diatribas. Vengan en buena hora. Pocos de los que me zahieran, me aventajarán, prácticamente, en amor á la cultura de la inteligencia y del corazón. El único castigo que les impondría yo, consistiría en que trocasen la lectura de sus periódicos por la de mis libros. Pero en fin, debía de hacerme cargo de la opinión reinante y he procurado prevenirla reduciendo á más exactos límites los beneficios de la escuela y desnudando á la instrucción de sus lentejuelas y oropeles de teatro.

Desearía, sobre todo, que esa opinión, ciertamente bien intencionada, se convenciese de que la necesidad primera de un pueblo es la existencia. La ignorancia de los vivos fácilmente se disipa; la de los muertos es la irredimible. Porqué, pues, si la escuela destruye nuestra

personalidad no la hemos de repeler como se rechaza un veneno? Porqué, pues, si la escuela es el *instrumentum regni* por excelencia, no nos hemos de apoderar de ella, para establecer el reinado de Euskaria? Esto, de consuno, dictan, el sentido común y el patriotismo. He dicho.

CUESTIONES BÍBLICAS

IV

MAGOS EN BELÈN

Introducción

La proximidad del solemne día festivo, á que aludo con el epígrafe que encabeza este tratado, me impele á escribir acerca del misterio encerrado en él con criterio imparcial y concienzudo. Mi objeto es separar lo concerniente á la fê de lo que solo es opinable, ó sea, descartar de la Historia Evangélica cuanto se ha sobreañadido por los escritores con el colorido de verdades indubitables y poco menos que divinas. Mi fin no es otro que poner la verdad revelada al abrigo de toda crítica fundada.

Para proceder con mayor claridad y acierto en la materia, antepondré el texto mismo del Evangelio en todas las partes de referencia con sujeción á la célebre Vulgata latina, autorizada como se halla por el Concilio Tridentino y respetada hasta por las iglesias cristianas disidentes.

*
* *

El Santo Evangelio

Dícenos así: «Pues cuando hubo nacido Jesús en Bethlehem de Judá en tiempo de Herodes el Rey, hé aquí unos Magos vinieron del